

ARTE Y EROTISMO, VASOS COMUNICANTES

Dr.C. Rafael Acosta de Arriba

Consejo Nacional de las Artes Plásticas

BREVE RECUENTO DEL EROTISMO EN EL ARTE Y REFLEXIONES SOBRE LA RELACIÓN SEXO-EROTISMO. SE HACE REFERENCIA A CREADORES CUBANOS QUE HAN INCURSIONADO EN EL EROTISMO, CON ÉNFASIS EN LA OBRA DE SERVANDO CABRERA MORENO.

Si se le plantea a la gente algo abstracto, se remite a los expertos; pero en el erotismo todo el mundo es un experto. Me parece una idea democrática el que el arte pueda ser accesible a todo el mundo a un determinado nivel, y el erotismo es uno de esos niveles [...].

ALLEN JONES

Desde que el arte se conoce y reconoce, allá en la profundidad de épocas muy remotas, el cuerpo humano y su representación han sido siempre objeto de la mirada creativa del hombre. Me refiero a pictogramas, ideogramas, pequeñas esculturas, vasijas con escenas costumbristas, frisos, figuras votivas, en fin, a las iniciales expresiones artísticas de la humanidad.

Por ese camino de miles de años pronto descubrimos las primeras representaciones eróticas, más o menos explícitas de acuerdo con la cultura de que se trate, pero siempre reflejando los deseos, las posturas sexuales, la relación amorosa y sensual entre los seres humanos.

Etruscos, griegos y más tarde romanos, en la tradición occidental (pero también los chinos e hindúes, más otras etnias, en la oriental) dejaron imágenes de una fuerte sensualidad. Pienso que en Occidente los griegos fueron los más auténticos (al menos de lo que ha llegado hasta nuestros días, es decir, lo que podemos juzgar) en sus dibujos, frisos y esculturas y en su irrefrenable vocación por recrear el cuerpo humano desde una perspectiva que luego devino canon para la estética y la cultura occidentales. Aunque se rechace una y otra

vez por tendencias muy generalizadas y conceptuales del arte contemporáneo, la impronta de aquella estética resurge pertinazmente. Es la tradición, la cultura de una mirada absolutamente pregnante en el quehacer plástico de la modernidad y de los tiempos que corren.

Los romanos de la antigüedad no fueron inicialmente muy originales y sí buenos seguidores del camino marcado por los griegos. Razones históricas propiciaron que su arte perdurara en mayor proporción hasta el presente. La razón principal fue, por supuesto, su condición de nación imperial y todo lo que ello representó.

En aras de la brevedad de este artículo mencionaré un museo que posee una extraordinaria colección de arte de la antigüedad romana, probablemente superior a cualquier otra colección, el Museo degli Studi napolitano con su Gabinete Secreto, al cual pertenecen piezas de enorme valor para investigar las manifestaciones del erotismo artístico de aquella época. Las paredes de Pompeya y Herculano fueron las principales fuentes nutricias de dicha colección.

En este museo se puede apreciar cómo toda aquella ritualidad religiosa y costumbrista fue recreada por el arte en sus diferentes soportes y expresiones.

Desde luego, el falo posee un nivel protagónico en correspondencia con los desarrollos religiosos y culturales de entonces. La apología al falo nos llega desde esas épocas remotas como una constante. Es una clara expresión de la hegemonía cultural y económica del hombre sobre la mujer, aunque es bueno señalar que en las culturas de reli-

giones llamadas paganas, las deidades femeninas gozaban tanto del sexo como las masculinas. Grecia, Roma, la India y Egipto, con sus divinidades sensuales y lascivas, son buenos ejemplos de lo que acabo de decir.

Pienso, en este punto, que es importante hacer algunas reflexiones sobre la relación sexo-erotismo. Utilizaré ideas de Octavio Paz, quien, a mi juicio, fue uno de los grandes erotólogos del pasado siglo. En un magnífico ensayo sobre Sade, el poeta y ensayista mexicano escribió:

El hombre se mira en la sexualidad. El erotismo es reflejo de la mirada humana en el espejo de la naturaleza. Así lo que distingue al erotismo de la sexualidad no es la complejidad sino la distancia. El hombre se refleja en la sexualidad, se baña en ella, se funde y se separa. Pero la sexualidad no mira nunca el juego erótico; lo ilumina sin verlo.

Apostillo: el erotismo, al igual que el arte, es imaginación, fabulación, un asunto absolutamente mental; es la relación con la otredad del ser humano; es avidez, sed, recurrencia de imágenes conectadas con la experiencia sexual y sensual de cada persona.

Esa hambre de sensualidad y de las respuestas eróticas y sexuales del otro, encontraron rápidamente su reflejo en el arte. Grandes maestros de la pintura, el dibujo, el grabado y la escultura aportaron lo suyo a todo el discurso sobre el erotismo, al cual la literatura había hecho también sus importantes contribuciones. Quizás habría que decir aquí que lo primero fue la imagen, no el verbo, en la función de reproducir todas estas necesidades sexuales y eróticas del hombre.

Contextualizar el desarrollo (o las involuciones) del arte erótico trae consigo la operación de estudiar dichas expresiones en períodos y latitudes en los que las sociedades las potenciaron.

Desde luego, han existido ciudades, culturas específicas y momentos históricos considerados emblemáticos en el desarrollo de estos temas tan vinculados entre sí. La antigua Etruria, Atenas en los años de Pericles, Pompeya y Herculano en la Roma antigua, Bizancio en el siglo IV de nuestra era, el París licencioso (siglo XVIII) de los libertinos, tan bien reflejado por Sade, y las expresiones político-sociales de la década del sesenta

del siglo XX en Norteamérica y Europa, con los llamados a la revolución sexual, pudieran ser algunos de estos momentos.

En todos ellos, el arte supo reflejar primero, y más tarde potenciar y recrear, los estrechos lazos o vasos comunicantes que existen entre el arte y el erotismo.

Sería importante reflexionar sobre lo que representó el cristianismo en la modificación e influencia de las concepciones morales de la sexualidad y el erotismo y, por qué no, en su eco en el arte y la literatura, a lo largo de la tradición judeo-cristiana. Si en las religiones y culturas occidentales paganas, así como en las orientales, todo lo referente al cuerpo y al deseo era más natural y directo, el cristianismo inició una larga época de contención, represión y castigo nunca antes vista en el desarrollo histórico de Occidente.

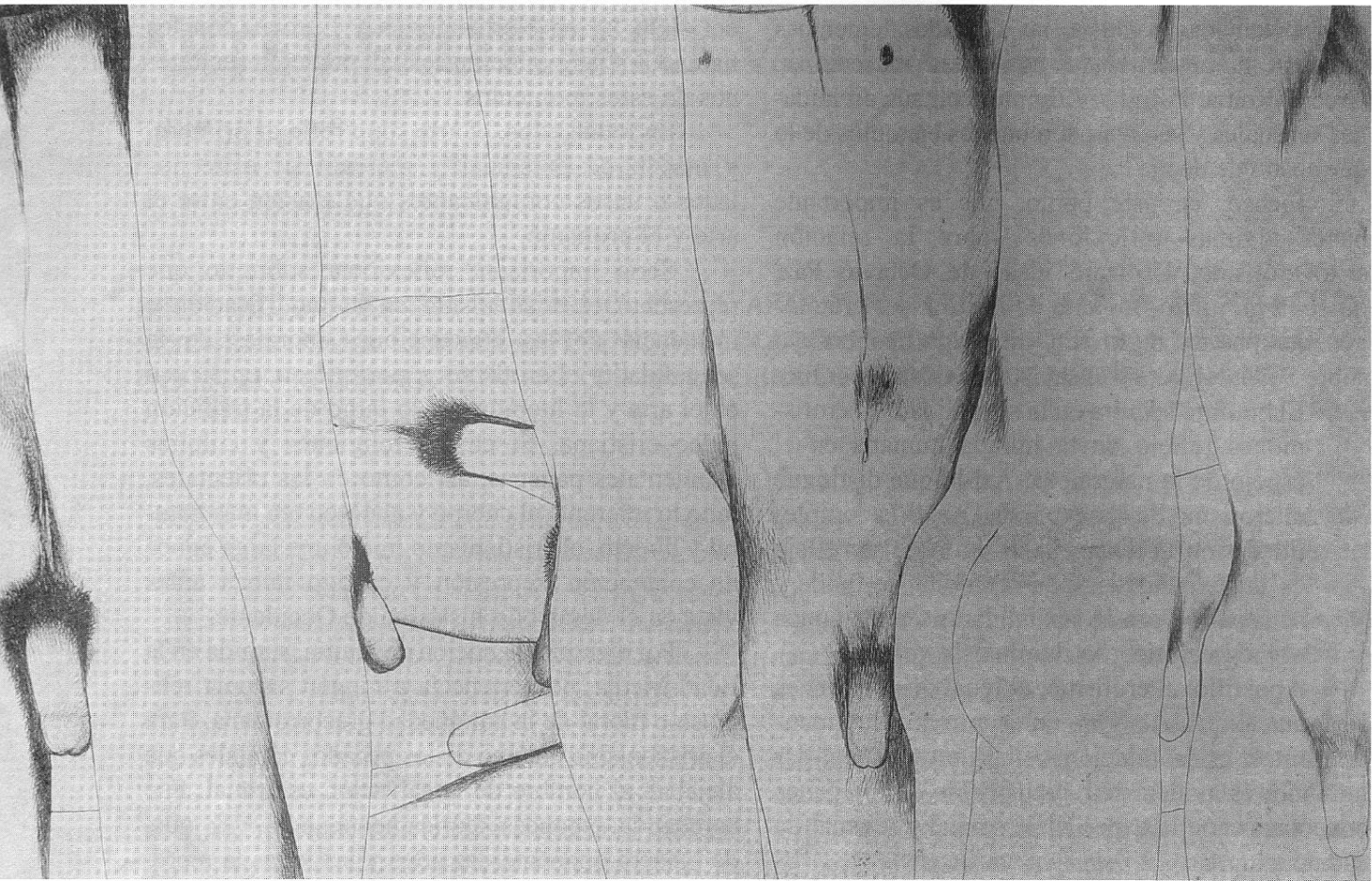
Por ejemplo, la noción de lujuria, surgida en la Edad Media, no pertenecía a ningún sistema religioso o moral de la antigüedad grecorromana. Para el cristianismo era uno de los pecados capitales que alejaban al hombre de la salvación espiritual. Fue combatida entonces teóricamente, a la vez que, de manera oponente, las artes y las letras la representaron con complacencia.

Pero como la extensión de este trabajo no permite abundar en todos los pormenores, estoy obligado a seleccionar el movimiento artístico-literario que más contribuyó a desarrollar el arte (y también la literatura) erótico.

Surgió con el siglo XX aunque hunde sus raíces en los finales del XIX. Sus animadores principales fueron los escritores Guillaume Apollinaire, André Breton y algunos artistas plásticos que trascendieron no sólo por sus audaces obras eróticas, sino como verdaderos maestros del arte del pasado siglo.

Entre muchas de sus aportaciones está la de poner una enorme atención en los poderes erotizantes de las imágenes veladas, en descubrir o apenas insinuar las zonas erógenas que otros mostraban abiertamente, en convertir lo erótico en centro de sus discursos y poéticas visuales.

Vistos a distancia, el movimiento y los surrealistas independientes que también descollaron, aportaron mucho al arte erótico. Fueron una especie de revolución en la materia.



«¿Qué quedará del surrealismo? El erotismo», se preguntó y contestó a la vez André Masson. Desde luego, no estoy de acuerdo con la expresión. Sin embargo, revela hasta qué punto el surrealismo incursionó en los laberintos del erotismo y de los poderes sensuales del cuerpo. Que una personalidad artística e intelectual como Masson haya dicho tal cosa, es simplemente revelador.

En mi opinión, el movimiento surrealista y las obras de arte y literatura que a su sombra se gestaron, fueron mucho más que una potenciación de lo erótico.

El surrealismo pretendió —y lo hizo— una crítica radical a la sociedad occidental, a sus moralidades, iniquidades y sinrazones. Ciertamente, el deseo fue uno de sus motivos principales, pero en el fondo latía un humanismo conmovedor y de agudos poderes críticos. Fue actitud más que lienzo o cuartilla y puso en tela de juicio la realidad. Amor como alta expresión de la libertad. Georges Bataille, al abundar sobre el tema y referirse a los artistas surrealistas, dijo:

Solamente los mueve el fuego del erotismo [...]. Sobre todo la pintura de la que hablo, que hierve [...] vive [...] arde [...]. No puedo hablar con la frialdad que sería necesaria para hacer un juicio [...].

Salvador Dalí, Max Ernst, Masson, Magritte, Picabia y Man Ray son, entre otros, una verdadera constelación de creadores que dieron al surrealismo toda la pureza y la flama que hizo trascender al movimiento desde el punto de vista plástico.

Todos miraron a Charles Fourier con atención y admiración, ya que veían en el teórico socialista francés al hombre que había dicho que el erotismo cumple con la función de liberar al ser humano de las tiranías y que le confiere su verdadera dimensión al permitirle reencontrar su identidad a través del goce pleno de sus apetitos.

Algo quedó claro: después del surrealismo todo fue diferente y dejaron la escena limpia para las nuevas representaciones del cuerpo y de Eros de fines del siglo xx.

Debo detenerme obligadamente en el surgimiento de la fotografía, que marcó un momento de estremecimiento para la pintura y el dibujo. Eugène Delacroix anotó en su diario, el 21 de mayo de 1853, uno de los mejores ejemplos del impacto que representó la invención de la fotografía. Comparó unos grabados con una serie de desnudos fotográficos, sintiendo aversión y casi asco por los grabados. De este simple ejercicio concluyó: «En verdad, si un hombre de genio se sirviera del daguerrotipo como es preciso, se elevaría a una altura que desconocemos.»

Desde luego, pasó el tiempo y la fotografía no suplantó nada ni a nadie, pero sí comenzó a ocupar su espacio en la representación del cuerpo humano, el erotismo y la sexualidad.

Un grupo de creadores se convirtió en paradigma del nuevo soporte plástico. Edward Muybridge, Étienne Jules Marey, Edward Weston, Robert Mapplethorpe, Jan Saudek, Helmut Newton, Barbara Kruger, Cindy Sherman y Andrés Serrano, por sólo citar algunos nombres, han fotografiado el cuerpo (algunos sus propios cuerpos) y recreado nuevas dimensiones de sus potencialidades signicas. El uso visual del fragmento del cuerpo ha sido una de las grandes aportaciones del arte fotográfico a las representaciones artísticas del cuerpo y del erotismo. Pero también la fotografía reforzó una vieja polémica: las diferencias y las similitudes entre pornografía y erotismo.

Esta vieja discusión fue replanteada con el desarrollo de la fotografía primero y del cine después. Toneladas de papel gastadas sobre el tema, decenas de sonadas causas judiciales y numerosos artistas excéntricos y extravagantes lanzados a la fama, son hechos que sazonaron esta polémica recurrente. Lo escatológico y lo grosero, lo pedestre en la imagen y lo sexual sin aliento artístico deben quedar fuera de todo análisis, a mi juicio, si de arte se trata, pero lo que sí queda claro es que los límites entre ambos conceptos son difíciles de precisar en muchas ocasiones y su percepción pasa por la cultura del observador y de sus propias experiencias sexuales. Quizás la lacónica frase de un célebre crítico de cine francés pueda resumir todo el fenómeno: «La pornografía es el erotismo de los demás.»

No podría finalizar este trabajo, de neto carácter introductorio a tan vasto tema, sin referir-

me, aunque sea de pasada, a los creadores cubanos que más han trabajado los motivos y las imágenes eróticas con maestría y autenticidad.

Wifredo Lam, Carlos Enríquez, Servando Cabrera y Raúl Martínez, entre los que ya son considerados *clásicos* por toda la crítica especializada; Manuel Mendive, Osneldo García y Umberto Peña, de generaciones dadas a conocer entre las décadas del sesenta y setenta; y Aldo Soler, Aisar Jalil, Gustavo Echevarría (Cutty) y un grupo de fotógrafos liderados por Juan Carlos Alom, son creadores que han hecho del erotismo en el arte una verdadera fuente de inspiración para su obra.

Aunque las curvas femeninas de Lam y las veladuras y sugerentes temas de Carlos Enríquez me parecen muy apropiados para una reflexión en este artículo, trataré brevemente de aproximarme a Servando Cabrera, un artista muy personal, dibujante excepcional y cuya obra en la década del ochenta y aún hoy ejerce una prolongada influencia sobre las maneras de hacer de muchos creadores de generaciones posteriores.

Servando gestó un sincero homoerotismo a base de la fragmentación del cuerpo y la recreación del juego amoroso—sexual en la que los torsos, las rodillas y el entrelazamiento de los cuerpos ocupaban grandes primeros planos. No tuvo inhibiciones en representar directamente el pene, y la dramaturgia de sus figuras, a veces lánguidas o hieráticas, a veces activas, no daba lugar a dudas al discurso que quiso exhibir en una buena zona de su obra.

La línea de su dibujo, de excelencia en nuestra historia del arte, y los colores sobrios y discretos aunque de una gran fuerza visual, gestaron numerosas series de cuadros de explícito pero a la vez delicado erotismo.

Hoy por hoy —y vuelvo a la generalidad del asunto— las modernas tecnologías informáticas abren nuevas posibilidades a las imágenes eróticas. Se sigue innovando en el arte contemporáneo a pesar del predominio en los circuitos de producción simbólicos internacionales de un arte más experimental y conceptual en el que las reflexiones sobre el cuerpo y lo erótico no son precisamente la preocupación predominante.

La cultura de la mirada humana, que es una enorme parábola desde y hacia el cuerpo como epicentro de todas las reflexiones del arte, seguirá considerándolo

